

La mujer desnuda

ALFREDO ABAD LOPEZ*

En el aire viajaba "Balada de amor" de Gónat, impulsada por las cuerdas majestuosas de un Stradivarius, que ejecutaba con destreza y emoción Don Caballero. A cada vibración, a cada nota, Don Caballero le imprimía una fuerza totalizadora que se apoderaba de él y le hacía volar por el inmenso universo de su pequeño cuarto como el gran cóndor por las montañas antiguas de los Andes. El violín surcaba los espacios de la casa, inundando los pasillos y colándose por las endijas de las puertas de las habitaciones, que guardaban nada más que soledad.

Al extremo de la mansión, otra habitación servía de refugio a una mujer que embriagada por la balada leía "El Campo Inédito" de Al Frebad:

"... Yo estaba un poco confundido en aquellos días, no entendía por qué Menina no había vuelto, y solía caminar por el campo urgando entre los bosques algo que me trajera su presencia, trataba de divisar en el arroyo la imagen de su cuerpo desnudo, de su piel húmeda, de su cabello cojido y sus senos erectos, pero Menina no regresaba, no quería regresar, se había vuelto difusa y su física estaba aún distante, mucho más de lo que yo imaginaba, mi terquedad era superior a la realidad, en mi instinto más recóndito no podía aceptar estar tan solo desde hacía yo no se cuánto tiempo; y cuando regresaba de aquellos paseos infructuosos, de los que no había podido rescatar algo mínimo de lo que ella representaba, me enfrascaba en un borbotón de pensamientos como nubes que

* Egresado del Taller de Escritores de la Universidad Central, ganador del Primer Premio del Concurso Nacional de Cuento de la Universidad de la Amazonía, Florencia, Caquetá, 1992.

viajaban y me trían sus palabras, palabras aquellas que me penetraban, y me parecía escucharlas al oído mientras me enredaba con las cobijas de la cama, te amo, te amo, no me huyas, ven, acércate, date cuenta que te amo, no seas necio, después te vas a arrepentir y no sabrás, no sabrás. . . Cansado traía aquellas voces al verla desnuda; desnuda como estás pareces un instrumento no creado, dispuesta como los frutos de un naranjo y accesible como el paisaje de mi tierra. Desnuda como estás eres terreno húmedo de olores y vapores que se escapan, de pequeños tallos que retoñan en tus poros y se ofrecen inocentes a mis ojos. Desnuda eres leal; casi que ingenuos tus brazos parecen olas, casi que agonizantes tus muslos se dejan caer ante mis ansias. Desnuda como estás te me presentas de perfumes a hierbas y de ronroneos de cachorros con miedo; de pronto tu cuerpo es una cordillera que emerge voluptuosa del fondo de la tierra; de pronto eres tan pequeña que cabes en mis manos y un roce de mis labios te puede hacer daño. Desnuda como estás me ha llegado la sensación hermosa de encumbrarme en tus cielos como un águila y taparte con mi sombra del sol, para que seas de mí, sola. . . Y me encontraba otra vez abandonado, recitándole al aire tu desnudez, creyendo que su cuerpo era aquel campo inmenso, inédito. . .”.

La mujer se halló desnuda cuando ya no pudo escuchar la balada, se asustó un poco, pero miró el libro que estaba en sus manos y dejó escapar una sonrisa breve; mientras vestía su cuerpo trataba de localizar aquella música que le producía tan conocidas sensaciones.

Don Caballero guardó el instrumento en el estuche y puso las partituras en la gaveta del escritorio, se sentía pleno, una noche más en que Gónat le había transportado a través de sus movimientos, por una dimensión vaporosa y calmante para su pobre realidad de solitario, atrapado en un cuarto añejo de una casona republicana del centro de la ciudad. Una ciudad a la que detestaba por estar llena de gente, de carros, de ruido, y a la que únicamente frecuentaba por la necesidad de buscar alimentos o recibir el cheque que mensual le traía el abogado, encargado de tutelar la fortuna que había heredado de su familia.

Reconfortado, Don Caballero, como todas las noches, escogió la partitura que interpretaría mañana antes de dormirse; Gónat era su compositor preferido, es decir su único, y de él eligió como siempre al azar, “La Mujer Desnuda”, balada para violín en dos

tiempos; la estudió, la tarareó y dejó la partitura encima del escritorio, tomó un vaso con leche y se acostó.

En la otra habitación, la mujer intuyó que ya no escucharía más aquella melodía y se durmió con el libro de Al Frebad sobre su vientre.

Los golpes de campana despertaron a Don Caballero, no alcanzaba a entender quién perturbaba su sueño, miró el reloj, las diez de la mañana, miró el calendario, lunes quince; no podía ser el abogado, así que no bajaría, y como ya no podría dormir se dedicó a revisar sus libros, pero la insistencia en la puerta lo desesperó, y con una rabia ajena en él decidió atender, bajó las escaleras que tronaban como viejos dolidos, y abrió la puerta:

— ¡Quién más podría ser! ¿Qué quiere? No le he dicho que venga sólo los fines de mes.

— Sí. Lo se Don Caballero, pero acuérdesese del contrato.

— ¿Contrato?

— El de arrendamiento.

— No entiendo. Venga, vamos a mi habitación.

El abogado lo siguió mientras le explicaba de nuevo que habían acordado arrendar la habitación de la primera planta, que quedaba en el ala izquierda de la casa.

— Acuérdesese, le dije hace quince días que se la arrendaríamos a una dama, Menina Roche. —Recibió una taza de café—. Gracias. Ella está viviendo aquí hace diez días. ¿No la conoce aún?

— No. Y ya me acuerdo, no se cómo pude convenir, pero bien, entonces. . .

— Entonces le traje el contrato para que lo firmara.

— Claro, ¿dónde? — El abogado le señaló el lugar y Don Caballero firmó, mientras le averiguaba si había advertido a la inquilina sobre las condiciones.

Cómo no, —respondió el abogado—. Ella no le molestará para nada, además es una mujer muy reservada, sólo quiere tener un lugar donde pueda vivir en paz y alejada.

— Si no es más. . . — Don Caballero le señaló la puerta al abogado, le dió la mano y se quedó sentado en la silla de su escritorio.

“Diez días, hace diez días que vive una mujer en mi casa y yo hasta hoy me vengo a enterar, se ve que el abogado le advirtió bien porque ni siquiera la he sentido. Bien había podido no decirme nada y guardarse el dinero, y yo ni me habría enterado”.

Si, lo mejor es que no me hubiera enterado, lo ideal habría sido no arrendar, ahora no podré vivir en paz sabiendo que hay alguien ahí abajo que me escucha, me siente, que se hará sentir, escuchar, porque estoy seguro que la sentiré; es mejor cuando no se sabe nada, pues no se está atento; de todas formas me tendría que enterar; una mujer, una mujer abajo, ¡qué remedio!

Menina Roche, que se había despertado con la llegada del abogado, escuchó a los hombres y se preguntaba cómo sería el dueño de casa, el hombre que todas las noches la deleitaba, sin saberlo, con su música preferida, las baladas para violín de Gónat, compositor que le había oído interpretar por primera vez, muy joven, a Al Fread en Francia, y que desde entonces no había podido olvidar. Menina se vistió de blusa azul y falda blanca de lino, se colocó los zapatos pensando en cuándo aquel hombre que no podría conocer, interpretaría la balada a la mujer desnuda que le traía tantos recuerdos. Se prometió esa misma tarde comprar una cinta para grabarla cuando la escuchara. Tomó el bolso, amarró una pañoleta en su cabellera y salió tratando de no hacer ruido.

Como lo presentía, Don Caballero la escuchó salir por primera vez, sabía que de ahí en adelante no podría evitar escucharla, sentirla.

Menina Roche llegó con la noche, y desde su habitación Don Caballero no pudo evitar escucharla, sentirla. Se repitió una vez más, que en adelante estaba condenado a ello, y que debía aceptarlo con la suficiente calma, proseguir su vida como si nada, sin tener en cuenta que había alguien más en su refugio, sin perturbarse, pero le era difícil, por primera vez se percataba de su existencia y ya se le hacía imposible vivir, respirar. Trató de calmarse, sacó un ci-

garrillo y lo fumó despacio, al mismo tiempo ejercitó sus manos para la balada de la noche. Trajo el estuche y ordenó las partituras, posó el Stradivarius en su cuello, hizo un gesto con la boca, cerró los ojos e intuyó el arco sobre las cuerdas del violín; "La mujer desnuda" de Gónat, penetró el silencio, arrebató los espacios y se unió a la paz de la noche. Don Caballero trascendió; movía su cuerpo, se dejaba impulsar por la melodía, caminaba, no necesitaba las partituras, había aprendido todo lo de Gónat, su cuerpo hacía parte de la obra, una nota más. Don Caballero salió de la habitación y levitó por la casa como guiado por una fuerza que le pareció aún más extraña, Gónat lo había sacado de sí, y él se sentía otro, otro que flotaba por los pasillos, que buscaba algo, algo que no comprendía, ¿qué?

Menina Roche reconoció de inmediato la balada de la mujer desnuda al escuchar la primera nota, se apuró a poner la cinta en la grabadora, cerró los ojos y sonrió; no esperaba tan pronto ese hermoso regalo; se recostó en la cama y abrió el libro de Al Frebad:

"... Los días que vinieron después, me acercaron más a la realidad, a aceptar que aunque fue en este campo donde conocí y adoré a Menina, aquí mismo la había perdido, porque así tratara por todos los medios de traerla, su recuerdo no bastaba, y por el contrario, se convertía en un instrumento más de su abandono; este campo ya no tenía nada de Menina, así cada recodo me la trajera, así cada planta, cada árbol, cada fruta, exhalaban un perfume tan parecido a ella, pero sólo eso, un parecido, una similitud, no ella, ella estaba en un país distante, desconocido, y no regresaría a mi campo, este campo que fue su gran escenario, donde ella cumplía sin inhibirse la misión que le fue capital: Amarme. Amarme hasta donde pudo, hasta donde no lo impidió su frontera, hasta donde creyó que fue mujer conmigo, porque ahora, observando las partituras de Gónat, se, que será otro, allá en ese país, al que ella le pedirá la balada de la mujer desnuda".

Menina Roche entendió que Al Frebad tenía razón, ahora otra vez desnuda, sabía para ella aquella balada que escuchaba tan cerca, y cerró los ojos, y dejó el libro sobre su vientre, y escuchó cada vez más cerca el violín majestuoso.

Cuando Don Caballero terminó la melodía, se encontró frente a la puerta de su inquilina; no acertaba a explicarse qué diablos hacía

allí, qué le impulsaba a abrir la puerta, a entrar, a mirar esa mujer hermosa que reposaba desnuda en la cama con un libro en su vientre, con los ojos entrecerrados, como en trance.

— Señorita.

Menina Roche abrió los ojos despacio, parecía esperarlo, le sonrió.

— Caballero. —Se dirigió al hombre que tan quieto, no debaja de observarla—. Es la mejor interpretación de la mujer desnuda que he escuchado.

— Es la más hermosa mujer desnuda que yo he visto.

Don Caballero vaciló, y supo cuando se acercó a ella, cuando la tocó, cuando encontró con los labios sus labios, cuando arrebató con la piel su piel, cuando no le importó su Stradivarius, cuando Gónat sonando en la grabadora ya no formaba parte de su vida, cuando para ella Al Frebad se hizo distante, alguien que le había escrito una novela, cuando se supo también desnudo y entregado, cuando despertó al lado de Menina Roche en la habitación de la planta baja, que ya no podría contener las ganas de vomitar.